

NICOLÁS ARIAS

PORTAFOLIO ARTÍSTICO *2025*

Soy un artista, investigador y escritor de Medellín, Colombia. Mi obra combina la expresión artística con la exploración filosófica, profundamente influenciadas por el budismo indotibetano y las tradiciones contemplativas del sur de Asia. Mis creaciones reflejan sensibilidades cultivadas a través de la práctica contemplativa, explorando temas como la impermanencia, la interdependencia y la naturaleza del yo. Estas ideas informan tanto mi proceso creativo como mi lenguaje visual y poético, que invitan al espectador a reflexionar sobre su lugar en el mundo y su conexión con los seres que lo habitan.

Mi arte combina técnicas como la fotografía, el dibujo, el grabado y la escritura para crear obras meditativas y simbólicas que evoquen asombro e introspección. Mis obras llaman al espectador a detenerse, profundizar y descubrir nuevas capas de significado con el tiempo.

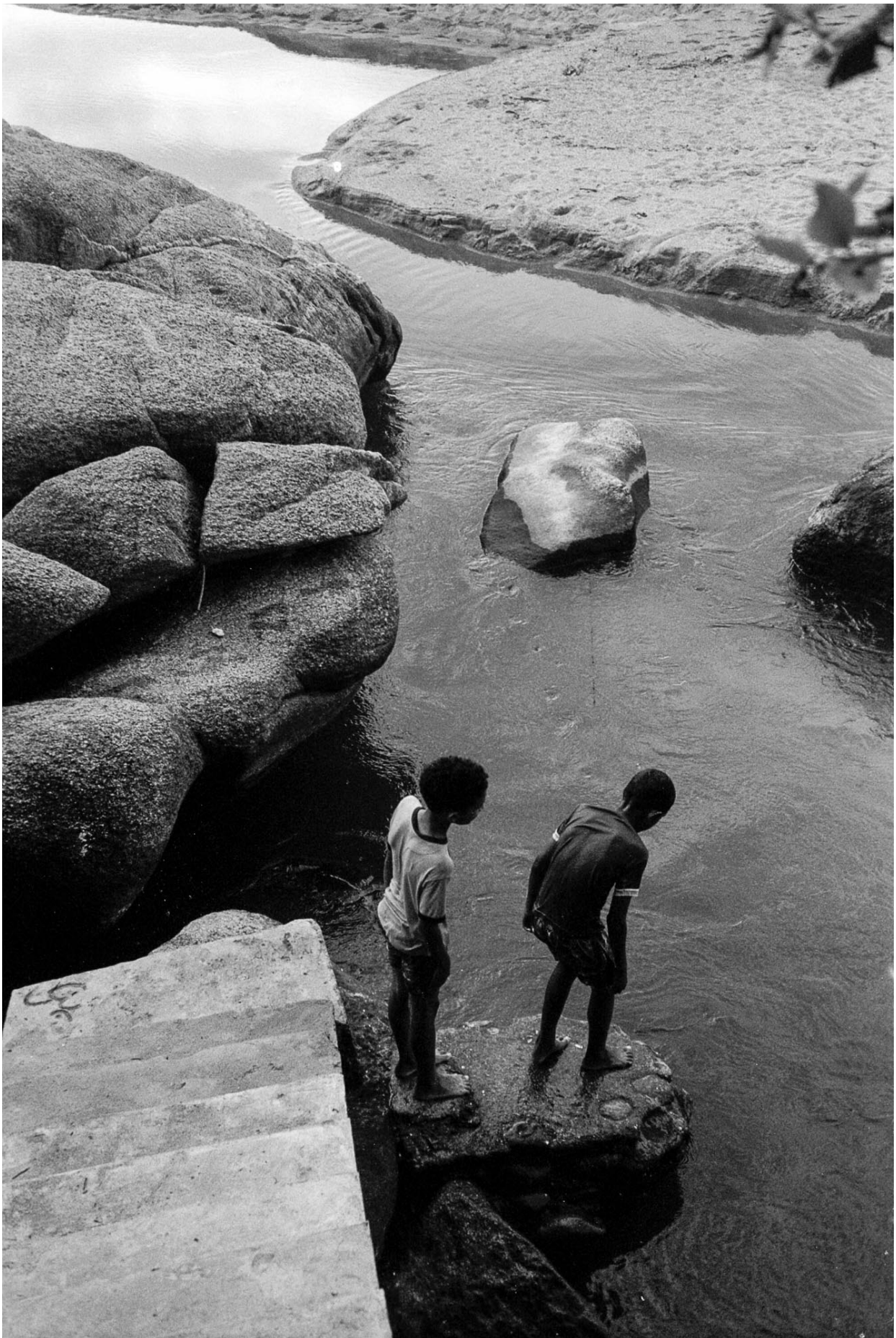
Mi objetivo es crear espacios en los que la gente pueda reconectar con su curiosidad y sus inquietudes existenciales, para reflexionar sobre los misterios más profundos de la vida. A través de mi obra, busco fomentar una forma de vida más alineada con la intencionalidad, la presencia, y una actitud de cuidado por un mundo interdependiente.

Sitio web: www.espejosideral.com

E-mail: nariasgt@gmail.com

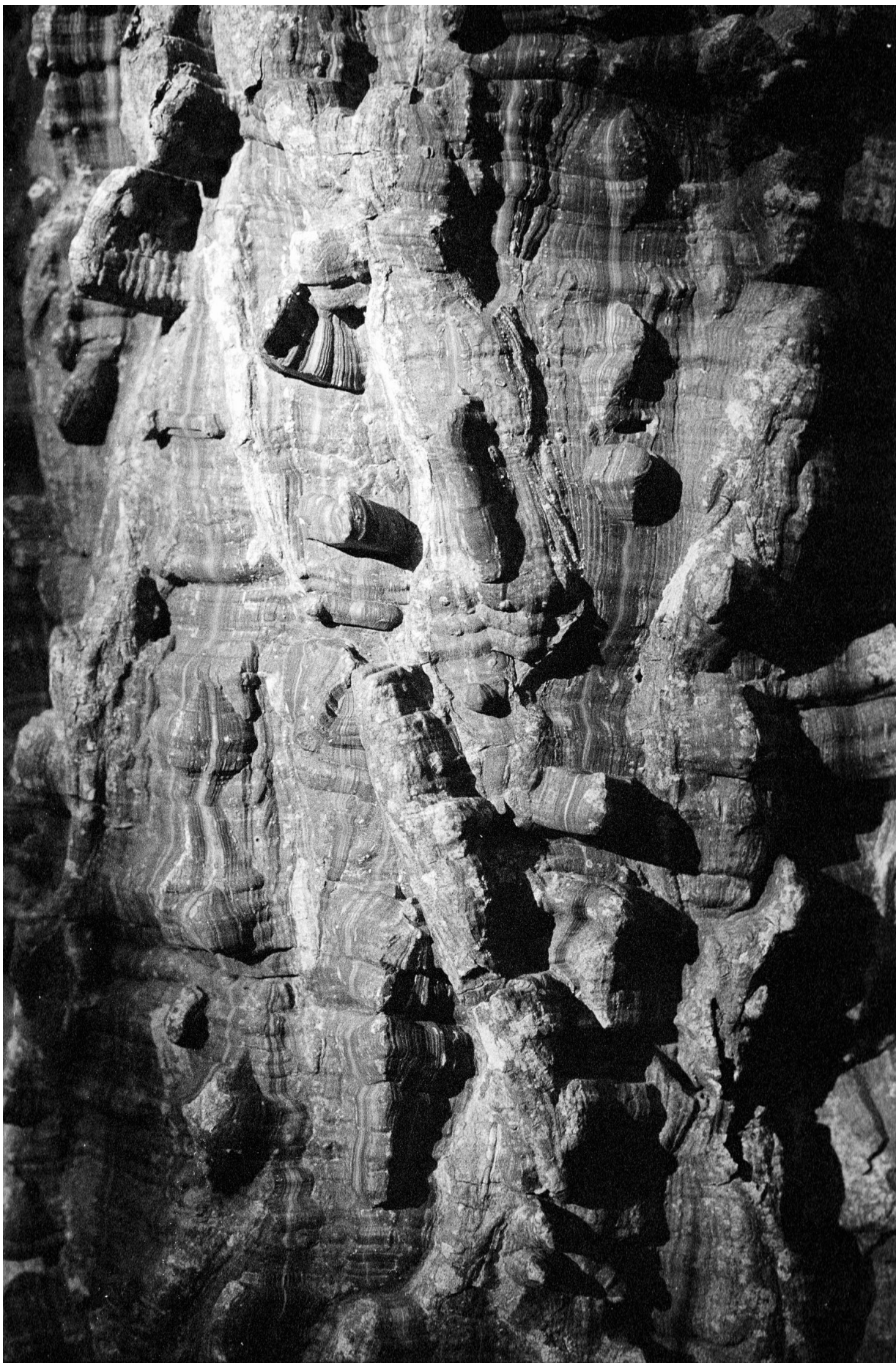
Instagram: @espejosideral

Substack: @espejosideral



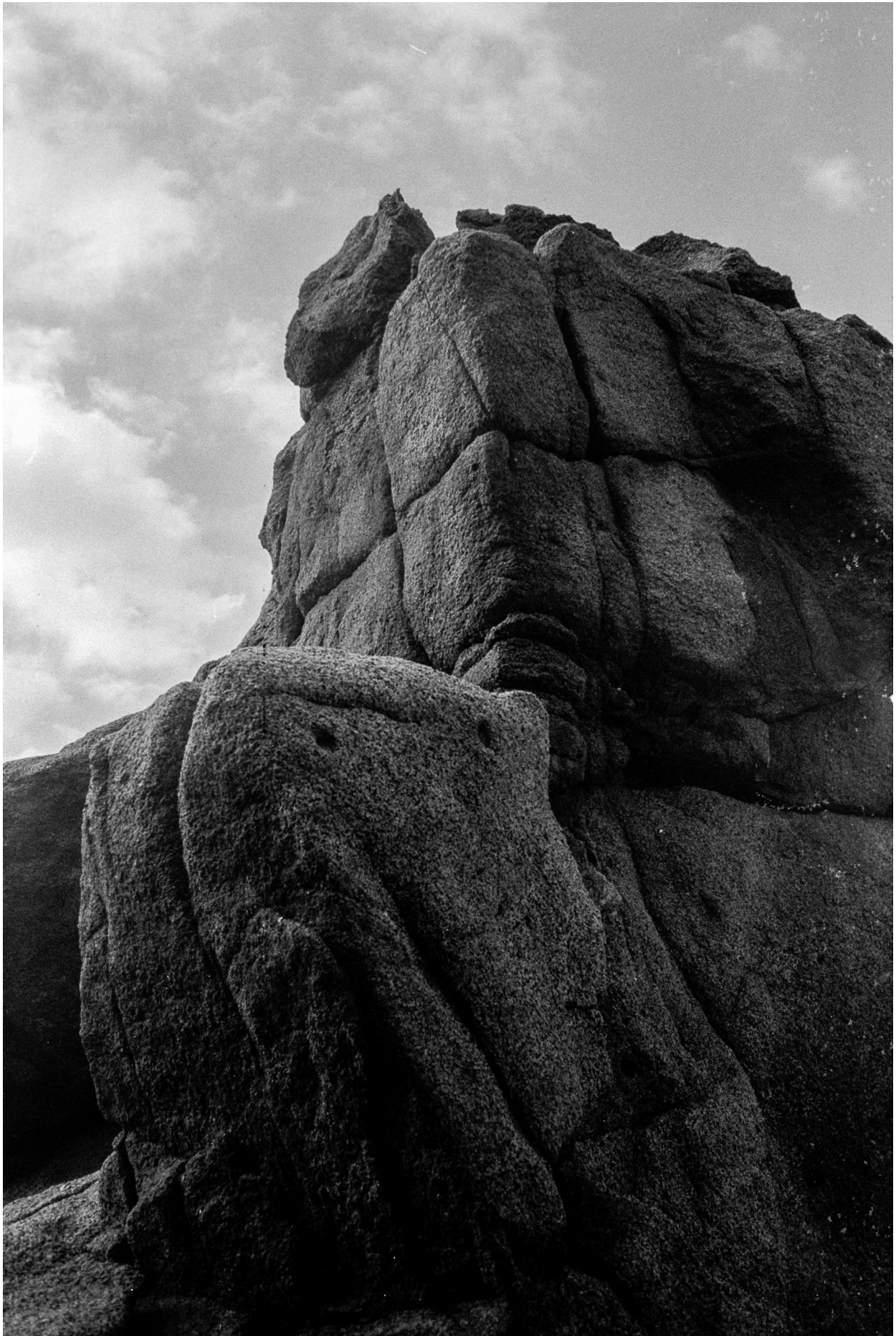
Un tiempo geológico I (2022)

Fotografía análoga de formato 35mm, película Ilford HP5 plus ISO 400



Oroverde II (2022)

Fotografía análoga de formato medio, película Ilford Pan F plus ISO 50



Un tiempo geológico IV (2022)

Fotografía análoga de formato 35mm, película Ilford HP5 plus ISO 400



Luz de selva II (2023)

Fotografía digital, cámara Sony A7RIII.



Grotteschi I (2024)

Fotografía análoga de gran formato (5 x 4 pulgadas), doble exposición en película Foma Retropan 320

Las imágenes de esta serie (Grotteschi) habitan lo que Federico Campagna ("Técnica y magia") denomina el reino de lo grotesco: una zona en la que los mundos se superponen y las fronteras ontológicas pierden coherencia. Las superficies fracturadas y las luces cambiantes sugieren un paso entre órdenes de realidad. En este intermedio, la fotografía es un rastro de imaginación que persiste entre las ruinas de la cosmovisión de la Técnica.



Grotteschi II (2023)

Fotografía análoga de formato medio, película Fuji Pro 400 H



Grotteschi III (2025)

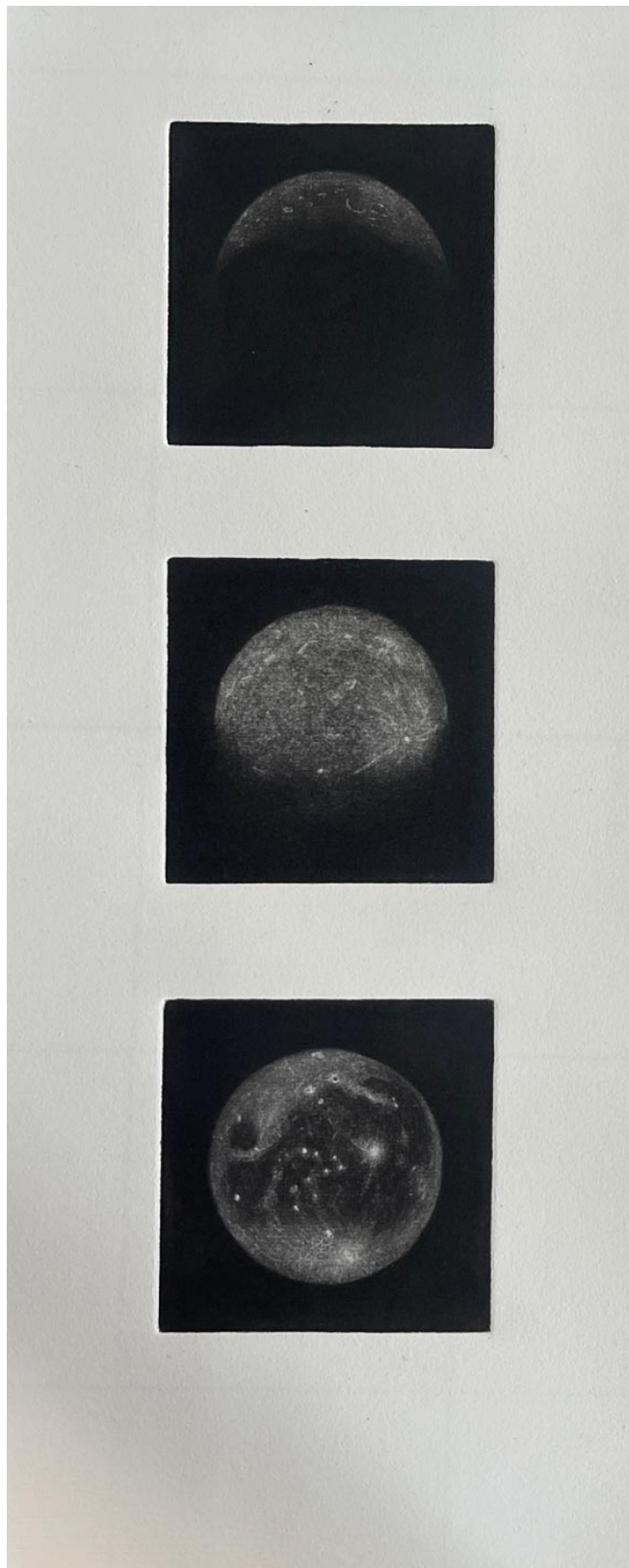
Fotografía digital, cámara Sony A7RIII.



Sospecha (2023)

Mezzotinta (manera negra), plancha de cobre impresa sobre papel de 20 x 15 cm

La labor de pulido y cuidado de la rugosidad del metal convierte la oscuridad en un medio para la duda. La forma del ojo como símbolo de la percepción surge de una noche granulada y se desvanece con suavidad. Se pone en primer plano la ética de mirar en condiciones de incertidumbre: ¿qué se hace visible cuando la sospecha suspende la certeza prematura?



Protea I-III (2023)

Mezzotinta (manera negra), tres planchas de cobre impresas sobre papel de 30 × 70 cm

La luna simboliza la naturaleza vacía de la mente en el budismo. Protea, el título, apunta a la naturaleza cambiante de los ciclos lunares. Una reflexión sobre el surgimiento dependiente y el juego entre la vacuidad y la forma.



Ascenso (2024)

Grafito sobre lienzo, 33 x 35.5 cm

“Ascenso” nombra un cambio en la atención: cómo la imagen invita al observador a elevar la mirada, reflejando la elevación de la atención consciente en la práctica del yoga postural.



Polvo, este hijo de las cosas (2024)

Grafito sobre papel (miniaturas), cinco piezas, 6.3 x 8.9 cm cada una

Serie de cinco dibujos de ruinas arqueológicas. El pequeño tamaño centra la atención en los sutiles cambios tonales, registrando la casi desaparición de las marcas como objeto de visión, al tiempo que contrasta con la grandeza y la enorme escala de las construcciones monumentales. Cada panel actúa como un fragmento de memoria de modos pasados de construir el mundo.

LA PIEL DEL MUNDO (2025)

I.

El agua despeinada de la luz
nubes ensayan su levedad
silencio verde de eucaliptos.

Recuerdo el tacto suave
de una piedra, su piel tibia, porosa,
con un olor tenue a sombra,
como si el sol durmiera aún
dentro de ella:
fragancia mineral del tiempo.

La miraba con la atención que solo
tienen los niños o los animales,
antes de saber
traducir la forma,
cercar el mundo,
decir su nombre.

II.

Ocurre antes,
mucho antes
de que el mundo se escriba.

Antes de que cada cosa
tenga que justificar su lugar.

Cuando la luz
aún balbuceante
no sabe todavía
que es la piel

ATLAS LUNAR DEL ORIGEN (2025)

I.

Mi boca arrastra el pulso de los montes,
el trueno que madura sobre las tejas,
los pestillos que vigilan el umbral,
los caminos reales de herradura.

En esa geografía errante del gesto lento,
labriegos y arrieros leían el horizonte,
como testamento abierto
en la respiración ritual de las bestias,
en la lluvia que corre nerviosa
por los lomos de la piedra.

II.

Una madrugada con olor
a metal desvelado y despedida,
el cielo hundía sus dedos fríos
en la espalda de las montañas.
El frío se colaba por las costuras
del recuerdo.
La sombra del avión sobre el mar,
palabra tachada.

La luna plena no distingue
orillas, su luz cae sobre quien parte,
sobre quien regresa sin palabras,
sobre quienes migran hacia el pulso,
donde nacen los caminos.

GENEALOGÍA DEL MOVIMIENTO (2023)

I.

Desperté en un pliegue de la cordillera agreste.
Desde allí, donde el mar es apenas un presentimiento,
de niño sentía una presión en el pecho,
ese tirón lunar que anuncia los viajes.

Como si mi cuerpo recordara
el antiguo oficio de abandonar orillas,
la urgencia pequeña de quien parte
sin saber aún que tiene miedo.
Crecí sin entender del todo ese impulso,
mi corazón latía con el sabor
metálico del amanecer.

Soy lunar por vocación y mi patria
es sueño, frontera dúctil.
Camino detrás de mí mismo,
soñando huellas de luz mojada.

Aprendí a leer el mundo, adiviné
los rastros oscuros de unas manos
cargadas de semillas antiguas.
Y el nombre de algo que no quiere
desdoblarse todavía.

II.

Erizo que duda del abrazo que más desea,
he caminado hacia los otros
con cautela de fuego frágil.
La carretera, lengua de asfalto,
recitaba su letanía de distancias.
Un escalofrío cruzaba mi brazo,
ese ruido sordo del camino.

III.

Polilla ciega,
avancé hacia el mundo tanteando
paredes desconocidas, umbrales
con nombres recién nacidos.

La tierra olía a cansancio.

El miedo, pequeño y frío, muerde el tobillo.
Una palabra se quiebra en la boca.

De niño sentí esta presión en el pecho.
Todo viaje afila el vértigo,
y oyes volver tu primer nombre.

BREVE TRATADO SOBRE LA FORMA DE UNA NUBE (2025)

Esta mañana, apenas me senté a contestar mensajes de texto (bastante tarde, confieso), vi pasar una nube. Era blanca, claro, pero no era de un blanco brillante e industrial, sino de uno modesto, casi resignado. La nube flotaba con una falta de ambición que admiré. No iba hacia ningún lugar y, sin embargo, avanzaba.

Algún dogmático de los derechos reales podría irritarse por su indefinición, pero la nube simplemente era. Pensé que tomaba su irregular forma debido a su imposibilidad de sostenerse por sí misma: por eso flota. Yo mismo, algunos días, me siento también así: indefinido y flotante, sin ganas de encajar en ningún molde geométrico.

La nube, desconocedora del raquítico lenguaje del trabajo, parecía haberse formado sin intención. Como si un dios distraído hubiera derramado un poco de cielo sobre el cielo. Aunque la nube no hablaba, claro está, tampoco callaba. Encontré su silencio más expresivo que cualquier discurso de los arrogantes filósofos analíticos. La nube reposaba tranquila en la certeza de que no tenía nada que probar.

Absorto en estas divagaciones, mis pensamientos aparecían, mutaban, se disolvían y repentinamente se retrotraían en contradicciones acrobáticas. Me lamenté: ¡Ojalá fueran mis ideas tan libres y desasidas como esa nube! Pero no: mis ideas se visten con corbatas, exigen títulos, se saludan entre ellas como neuróticos y acartonados abogados. En cambio, la nube flotaba plácida, sin haber leído a Kant ni a Kelsen.

Habiendo olvidado por completo las retrasadas respuestas que me habían convocado, seguí la nube con la mirada por unos minutos más. Debo admitir que no era la misma nube: se había fragmentado en tantas otras. O tal vez nunca fue una. Lo que tomé por unidad era solo el resultado de los perezosos hábitos de jurista de mi mirada. ¿No es eso lo que hago conmigo mismo? ¿Decir “yo” como si no fuera más que una nube fingiendo tener un centro y unos linderos precisos?

Como ya estaba cansado de pensar, decidí dibujar en mi libreta, que me parece una forma muy eficiente de escribir sin palabras. Más tarde, al devolver mi mirada al cielo, descubrí que la nube había desaparecido. En su lugar, me deslumbraba un cielo similar a una bruñida placa de zinc, como las que empleo en mis grabados: un cielo casi avergonzado de su claridad. Me senté a escribir estas líneas, no porque tenga algo único para enseñar, sino porque hay formas que, al deshacerse, piden ser recordadas. Y esta es mi manera torpe de recordar lo que nunca tuvo linderos.